

# La problemática demográfica de México

GUSTAVO CABRERA ACEVEDO

Si bien se justifica que el problema de población se examine y estudie en un contexto mundial o aun regional donde se den situaciones más o menos homogéneas, es necesario abordarlo específicamente, precisándolo y definiéndolo de acuerdo con las condiciones históricas y culturales particulares de un país. El problema tiene connotaciones diferentes cuando se refiere a la población y los recursos mundiales o cuando se contempla con la población y los recursos de una sociedad específica.

Es usual hablar del "problema de población" en forma abstracta, lo que desde un punto de vista económico y político es prácticamente irrelevante. La simple intensidad del fenómeno (altas o bajas tasas de crecimiento o de fecundidad por ejemplo) no constituye un problema por sí mismo sino sólo en la medida en que sus efectos sobre las variables económicas y sociales impidan o retrasen el logro de determinados objetivos.

El análisis del problema necesariamente incorpora concepciones de diversa índole respecto a la manera en que la dinámica y estructura demográficas influyen en los procesos y las estructuras económica, social y política, obstaculizando o facilitando el cumplimiento de los objetivos de desarrollo. Por tanto, puede afirmarse que las modalidades en que el fenómeno demográfico se estructura y define como un problema, así como su significación, varían de un país a otro, dependiendo no sólo de la situación objetiva, sino en forma importante de la estrategia y programas de desarrollo que cada sociedad haya adoptado.

Lo anterior plantea la necesidad de determinar la dinámica demográfica y definir la problemática de acuerdo con el contexto de desarrollo en que se ha dado. El comportamiento de las variables demográficas (natalidad, mortalidad y migración interna) no obedece a causas ajenas a las condiciones del desarrollo,

sino que es resultado de las modalidades del mismo, tanto a nivel del país como de sus regiones. De este comportamiento se derivan las transformaciones en el volumen de la población, su ritmo de crecimiento, la composición por edades y su distribución geográfica. A su vez, los cambios demográficos inciden en el mismo proceso de desarrollo que dio lugar a ellos, es decir, en la evolución y estructura de la producción, en la distribución y consumo de los recursos, en la organización y desarrollo de las instituciones, etcétera.

Las interpretaciones sobre la problemática demográfica y su vinculación al proceso de cambio de la sociedad se basan, usualmente, en la experiencia histórica de los países desarrollados. La tendencia de la dinámica poblacional observada desde el siglo XVIII en estos países, trata de explicarse mediante la llamada teoría de la transición demográfica y a la luz del enfoque de la modernización, conforme al cual los cambios demográficos se describen y se interpretan como respuesta del paso de una sociedad tradicional a una sociedad moderna urbana e industrial.

De acuerdo con estos planteamientos, se espera que no se manifestarán modificaciones en el comportamiento demográfico en la medida en que dominen valores tradicionales y obstáculos al cambio en la sociedad; por el contrario, si el sistema se orienta al progreso, hacia una sociedad moderna, se darían las condiciones para un comportamiento racional y voluntario, especialmente en la fecundidad. El cambio de una sociedad tradicional a una moderna se efectuaría a través de mecanismos de adaptación a nuevas formas de pensamiento, conducta y organización, características que se observan en las sociedades avanzadas. Estas nuevas formas de conducta son producto de la concepción del desarrollo que se adopte.

En términos generales el modelo de desarrollo vigente en muchos países de América Latina a partir de la segunda guerra mundial se ha basado en la expectativa de intensificar el

Nota: Este artículo se basa en diversos estudios desarrollados en el Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio de México.

proceso de transformación de un sector de la economía, el industrial, y posteriormente iniciar cambios económicos que produzcan un desarrollo equilibrado y autosostenido con un mejoramiento sustancial del bienestar de la población. Este tipo de desarrollo se caracteriza por el crecimiento del producto nacional, incrementos del ingreso medio *per capita* y aumentos de los niveles de inversión en el sector urbano. Este modelo de desarrollo poco ha modificado las condiciones estructurales, a fin de superar o por lo menos disminuir el subdesarrollo.

Al ir perdiendo fuerza y no lograrse los objetivos deseados en esta perspectiva desarrollista y ante los ritmos intensos de crecimiento de la población, se llega a plantear la necesidad de contener este crecimiento que dificulta el logro del desarrollo y el bienestar social. Así, el factor población adquiere un significado importante, un significado de problema que se expresa por la preocupación de los efectos de los niveles y tendencias del crecimiento demográfico sobre el desarrollo.

Este significado es diferente al que se le dio en los países desarrollados, en los cuales las transformaciones en la dinámica demográfica fueron producto de la evolución de sus estructuras económicas y formas de producción. Esto plantea en la problemática actual de los países en desarrollo, una inversión de las etapas del cambio demográfico y del desarrollo económico. En este sentido, conforme a ciertas opiniones, principalmente provenientes de los países desarrollados, los esfuerzos actuales para desarrollar los países del tercer mundo tendrían muchas más probabilidades de éxito si el cambio demográfico precediera y no sucediera al cambio económico más amplio. Es decir, se reconoce que toda población en cualquier lugar, independientemente de su tamaño, características y herencia cultural, tiende a pasar de una situación inestable a un equilibrio racional en términos de su crecimiento, es, en otras palabras, que tarde o temprano toda la sociedad mundial alcanzará un patrón de familia reducida a través del proceso de industrialización y modernización.

Es así que el problema se centra en el desfase entre la velocidad con que se dé ese proceso de cambio y la velocidad con que crece la población, desfase que constituye en sí un factor retardatorio del mismo proceso de cambio, por lo que es necesario actuar directamente en las variables demográficas independientemente del sentido de la evolución de las condiciones socioeconómicas. Lo anterior entraña reconocer la poca perspectiva que tienen nuestros países de transformar el modelo de desarrollo seguido en los últimos decenios; desde otro ángulo, también supone aceptar que aun cuando se dieran los cambios necesarios, en el mejor de los casos se requeriría un largo tiempo para que influyeran en las variables demográficas.

Con relación a esto último es importante hacer notar que las características de modernización de una sociedad urbana e industrial, como condición para las transformaciones de la dinámica demográfica, no están bien definidas, no hay una clara conceptualización de las diferencias entre lo tradicional y lo moderno. En realidad no se ha identificado el momento preciso en que las estructuras sociales pueden considerarse modernas, con sus correspondientes efectos en el comportamiento demográfico. Esto se comprueba al estudiar la disminución de la mortalidad, en la que poco tuvo que ver el proceso de modernización y mucho la aplicación directa de tecnologías médico-sanitarias.

## EL CASO DE MEXICO

Al examinar las tendencias de las variables demográficas en México, se observa, en cuanto a la fecundidad, que ninguna de las transformaciones de orden político-económico que ha sufrido el país desde el comienzo de su vida independiente ha influido en los hábitos y actitudes de la población frente a la reproducción. Después de la revolución de 1910-1920, a pesar del espectacular crecimiento económico, de los avances en materia de educación, del intenso proceso de urbanización, del incremento de las comunicaciones y de la mayor movilidad social, la tasa de natalidad es semejante a la de hace 150 años (alrededor de 45 nacimientos por cada 1 000 habitantes), que se acerca mucho al nivel máximo de la natalidad biológica.

La mortalidad en México fue considerablemente elevada hasta la última parte del siglo pasado (se estima en alrededor de 40 defunciones por cada 1 000 habitantes). Durante la época posterior a la Independencia no fue posible establecer en forma continua programas sociales suficientemente amplios como para que tuvieran efecto en la reducción de la mortalidad, debido a la preocupación por las tareas de organización política y administrativa y a las perturbaciones que sufrió el país por conflictos internos e intervenciones de otros países. Sin embargo, en los decenios finales del siglo pasado y los primeros años del actual, la tasa de mortalidad disminuyó levemente en forma persistente. Es muy posible que dicho descenso haya obedecido al desarrollo económico; aunque éste haya sido incipiente o injusto socialmente; las inversiones extranjeras orientadas en gran parte al transporte y las comunicaciones y a la minería, la mayor participación de la población en el trabajo, algunos programas de salud y, en general, la relativa calma política, dieron lugar a un ligero aumento en el bienestar y a una disminución de la mortalidad. Hay que recordar que cuando el nivel de la mortalidad es muy elevado, también es alta su sensibilidad a cualquier programa de salud pública y al aumento, por más pequeño que sea, del bienestar.

Sólo hasta algunos años después de la Revolución es posible retomar la tendencia de la mortalidad; es a partir de los años treinta cuando se observa, en forma notable, la disminución de la mortalidad, principalmente hasta 1960. La reducción fue casi de las dos terceras partes: de alrededor de 26 defunciones por 1 000 habitantes a cerca de 9 en la actualidad.

La combinación de las tendencias de estos dos elementos fundamentales (natalidad y mortalidad) conformaron en los últimos 150 años tres etapas en la dinámica demográfica de México.

*Primera etapa.* Crecimiento muy débil de la población hasta los últimos decenios del siglo pasado. Se estima una tasa de aumento de 0.6% anual entre 1820 y 1880, semejante a la de los países europeos y Estados Unidos durante el siglo XVIII, con la diferencia de que los niveles de natalidad y mortalidad siempre fueron inferiores a los nuestros. Con toda claridad el pensamiento que imperaba en aquella época era poblacionista, tomando en cuenta entre otros elementos la escasez de población (no más de 8 millones), una densidad territorial muy baja, grandes regiones casi sin habitar y la pérdida de más de la mitad del territorio. La problemática demográfica no era estrictamente económica sino política y de defensa del territorio.

*Segunda etapa.* Durante el porfiriato se da un principio de dinamización demográfica, con una duplicación de la tasa de crecimiento. Se estima que de 1880 a alrededor de 1906, la tasa media fue de 1.3% anual. Durante estos 25 a 30 años sigue dominando el pensamiento poblacionista, aunque muy posiblemente en el sentido de obtener, bajo el sistema económico imperante, una mayor mano de obra, especialmente para su explotación en los latifundios. Esta tasa de crecimiento, que se considera relativamente débil, fue experimentada por todos los países europeos hasta hace pocos años.

*Tercera etapa.* En esta etapa, que va de 1930 a la época actual, se reanuda el proceso de dinamización demográfica de fines del siglo pasado y principios de éste, que se vio interrumpido por la Revolución. En un período de aproximadamente 40 años, la tasa de crecimiento se vuelve a duplicar, pero ahora a niveles muy superiores, de 1.7% anual a 3.4%. Es en este último nivel de crecimiento donde toma un carácter especial la dinámica demográfica de nuestro país. Los países europeos o Estados Unidos en ninguna época tuvieron tal crecimiento; ningún país del mundo de volumen de población como el de México ha alcanzado este ritmo de crecimiento y sólo unos cuantos de menor dimensión demográfica tienen una tasa de crecimiento comparable (no más de 15 países). Es en este período en que abordaremos más concretamente la problemática de la población.

El enfoque del desarrollo económico de México durante estos decenios se centraba, principalmente, en elevar la inversión pública y privada con el fin de incrementar las tasas de aumento de la producción de bienes y servicios, en conjunto y por sectores, y de mejorar la educación y la salud. Las variables demográficas se daban como supuestas y no se consideraban en su interacción con las económicas, sino como elementos exógenos al mismo proceso socioeconómico. La política de desarrollo se juzgaba adecuada si la tasa de incremento del producto bruto excedía a la tasa de aumento de la población, sin tomar en cuenta los factores que influyen en esta última, en las migraciones internas, en la distribución del ingreso, etcétera.

Si bien se reconoce que México ha experimentado altos índices de crecimiento económico, logrando avances significativos en su industrialización subsiste aún una serie de indicadores del subdesarrollo que lo sitúa en una etapa intermedia de evolución económica y social. El ingreso medio por habitante es apenas de alrededor de la sexta parte del que se registra en los países avanzados; la población económicamente activa representa el 30% de la total y en particular la participación de la mujer en el trabajo se reduce sólo al 17%; más de la mitad de la población se dedica a actividades primarias generando el 17% del ingreso nacional; existe una fuerte concentración del ingreso: el 65% de las familias percibe apenas el 25% del ingreso familiar total; la situación educativa muestra un nivel muy bajo ya que la escolaridad media de los habitantes del país es de 2.9 años; los diferentes sistemas de seguridad social tienen una cobertura de menos del 30% del total de la población; el 24% de la población de más de 6 años es analfabeta, etcétera.

Estos y otros indicadores globales del desarrollo son datos promedio, con la circunstancia de que existen grandes disparidades. El desarrollo del país en términos regionales se ha dado en forma muy desigual. El 60% de la población total reside en zonas rurales. Se estiman muy altos los niveles de desempleo y

subempleo en esas zonas (30 a 35 por ciento); sólo el 17% del total de escuelas rurales imparten los 6 años de primaria y en este tipo de escuelas termina su educación el 8% de los que se inscriben. Esta situación contrasta con el medio urbano en el que el 90% de las escuelas imparte educación primaria completa y termina el ciclo el 56% de los alumnos.

Los niveles de ingreso de los trabajadores rurales se encuentran en franca desventaja con los urbanos; en 1961-1962, el 65% de los trabajadores rurales ganaba menos de \$ 300.00 mensuales, contra el 21% de los trabajadores urbanos; asimismo, el 40% de las familias del medio rural ganaba menos de \$ 300.00, frente al 7% de las familias urbanas.

Situaciones semejantes se encuentran al comparar el desarrollo de las entidades federativas. La productividad agrícola creció más lentamente que en otros sectores, aunque la de los estados localizados en el Pacífico Norte se ha destacado por un crecimiento mayor que la del resto de las entidades. El proceso de industrialización ha seguido concentrándose en el área metropolitana de la ciudad de México y en el estado de Nuevo León. Algunos estudios estiman que durante 1950-1960 cerca del 50% de las inversiones industriales correspondió al Distrito Federal; el 13% al estado de México y el 12% a Nuevo León. De acuerdo con los datos de los censos industriales, el 92% de los nuevos empleos en la industria (excluyendo el petróleo) fue creado en el Distrito Federal, en el estado de México y en Nuevo León.

En la escolaridad se han acentuado las diferencias de las distintas entidades: siendo el promedio nacional de 2.9 años, el Distrito Federal y Nuevo León tenían, en 1970, 5 años y 4.1 años respectivamente, mientras que en estados como Chiapas, Guerrero y Oaxaca, la escolaridad de la población sólo alcanzó alrededor de 1.6 años.

El analfabetismo acusa extremos similares: el Distrito Federal y Nuevo León tienen los más bajos niveles con el 10% de población analfabeta y estados tales como Guerrero, Chiapas y Oaxaca tienen una población analfabeta de entre 45 y 42 por ciento.

Esta breve descripción de algunos indicadores del desarrollo nacional y regional refleja el carácter retrasado y desigual de ese proceso en el país, situación que ha tenido influencia en el comportamiento demográfico.

En primer término, la combinación de factores internos, resultantes del propio crecimiento económico con factores técnicos, derivados de la ciencia médica, ha producido una disminución importante de la mortalidad: la inversión pública en obras que favorecen la salud, la ampliación de servicios médicos, el aumento en el nivel de vida de una parte de la población, principalmente la urbana, y el aprovechamiento de los adelantos y las experiencias de los países más desarrollados en materia de medicina y sanidad, han provocado que la mortalidad general del país haya descendido de 23 defunciones por cada 1 000 habitantes en 1939-1941 a 9.2 en 1969-1971. Esto se ha traducido en un aumento considerable de la esperanza de vida al nacimiento que en 1940 era de 41.5 años y en 1970 se elevó a 62.1 años. Asimismo, la mortalidad infantil ha descendido de 124.6 defunciones de menores de un año por 1 000 nacidos vivos en 1940 a 67.4 en 1970.

La situación regional en 1970 indicó que había en el país fuertes contrastes en los niveles de la esperanza de vida: entidades federativas como el territorio de Baja California y los estados de Durango y Nuevo León tuvieron una expectativa de vida de alrededor de 67 años, mientras que en Oaxaca, Puebla y Tlaxcala era respectivamente de 52, 54 y 56 años. Es decir, que existen diferencias de entre 10 y 15 años en esperanza de vida, diferencias que indican la desigual situación social.

Los efectos del desarrollo socioeconómico en el comportamiento de la fecundidad han sido prácticamente nulos. La tasa de natalidad en 1940 fue de 44.1 nacimientos por cada 1 000 habitantes, mientras que en 1970 fue de 43.3. Esto indica que es muy reducida la proporción de mujeres que limitan conscientemente el tamaño de su familia. Debido a las condiciones culturales y sociales de México, no existe motivación suficiente para que las parejas en general reduzcan su fecundidad.

La tasa bruta de reproducción (número de hijas que reemplazarán a cada madre, si no hay mortalidad de las madres) ha tenido ligeras variaciones, siendo de 3.06 hijas en 1940 y de 3.19 en 1970. Sin embargo, en este mismo período se ha observado que ha declinado ligeramente la fecundidad de las mujeres en edades jóvenes (15 a 24 años) y se ha elevado la de aquellas en las edades de 25 a 49 años. Este comportamiento aparece también con claridad al examinar datos por entidades federativas. Sin embargo, la baja de la fecundidad en las edades jóvenes se ha compensado con el aumento en las más adultas, de suerte que el primer fenómeno todavía no afecta al promedio nacional, aunque pudiera influir en el futuro.

Existe escasa información en México que permita conocer las asociaciones entre la fecundidad y algunas variables socioeconómicas. Según residencia rural-urbana, las mujeres en zonas rurales que terminan su período reproductivo tuvieron 5.7 hijos en promedio, mientras que de las zonas urbanas registraron 4.4 hijos. Según el nivel educativo, de acuerdo con la encuesta de la ciudad de México llevada a cabo en 1964, las mujeres sin educación formal tenían en promedio 4.4 hijos; las que habían terminado la enseñanza primaria 3.2; las que completaron la secundaria 2.11 hijos, y las mujeres con educación superior 1.53 hijos.

Las mujeres que trabajaban habían tenido un promedio de 2.4 hijos y aquellas que no lo hacían de 3.7 hijos. En cuanto a consumo *per capita* en pesos, las mujeres con un consumo inferior a los 300 pesos mensuales tenían 7 hijos, en contraste con las que consumían entre 1 500 y 1 800 pesos que registraban 2.9 hijos. Asimismo, las mujeres cuyos cónyuges trabajaban en ocupaciones no manuales, acusaban en promedio 3.4 hijos, mientras que las casadas con trabajadores manuales tenían un promedio de 4.5 a 4.7 hijos.

Un aspecto poco tomado en cuenta y que contribuye a agravar uno de los problemas más serios a los que se enfrenta el desarrollo del país, es el de la desigual distribución geográfica de la población, provocada en gran parte por la migración interna, especialmente intensa entre 1950 y 1970.

Las modalidades del desarrollo de México han acentuado este fenómeno, debido a que el esfuerzo que se ha hecho por industrializar el país se ha llevado a cabo, en cierta forma, a

costa del abandono del sector agropecuario. Las precarias condiciones existentes en las zonas rurales y la esperanza de encontrarlas mejores en la ciudad, impulsan al trabajador agrícola a emigrar a los centros urbanos.

Así, las migraciones internas deben ser vistas como un fenómeno resultante del proceso global de cambio de la sociedad, dentro del cual la dinámica poblacional es una parte. Las corrientes migratorias, además de ser un mecanismo de redistribución espacial de la población, son una respuesta a la existencia de desigualdades regionales en el sistema económico del país.

En los últimos decenios la población urbana se ha triplicado. Su elevado ritmo de crecimiento se debió no sólo al aumento de la migración campo-ciudad sino también a su incremento natural. Se estima que durante 1960-1970 el incremento de la población urbana se explica en un 67% por el crecimiento natural y en un 33% por la migración. De esta combinación resulta que la tasa de urbanización, de 5.4% anual, fue de las más elevadas del mundo.

En sí el problema de la migración interna no sólo radica en el constante incremento de su volumen, sino en que las corrientes migratorias se dirigen a unas cuantas ciudades. Se estima que durante el último decenio, más del 50% de toda la migración ocurrida en el país se dirigió al área metropolitana de la ciudad de México y otra proporción importante a las ciudades de Monterrey y Guadalajara.

En las encuestas sobre migración a las áreas metropolitanas de Monterrey y de la ciudad de México, más del 50% de los inmigrantes encuestados señalaron que fueron a vivir a esas ciudades por razones de trabajo y una proporción muy elevada provenía de áreas rurales.

Existen otras ciudades del país que si bien recibieron un volumen menor de migrantes, tuvieron efectos importantes en su crecimiento demográfico a causa de ello. Durante 1960-1970, las ciudades que concentran la industria petroquímica, como son Poza Rica, Coatzacoalcos y Minatitlán, crecieron a tasas mayores del 6% anual. Asimismo, ciudades fronterizas del norte, Reynosa, Tijuana y otras, tuvieron crecimientos mayores del 6% anual. Acapulco y Cuernavaca, caracterizadas por ser ciudades turísticas, crecieron a tasas del 11 y 7 por ciento anual, respectivamente. Es decir, existen en México otras muchas ciudades de tamaño intermedio cuyos volúmenes de población se están duplicando cada diez años.

En otro sentido, la población rural se caracteriza por una fuerte dispersión. Según el censo de 1970, de las 97 000 localidades del país, 81 000 tenían una población de menos de 1 000 habitantes y concentraban cerca del 30% del total de la población de México. Es posible considerar que la gran mayoría de la población de estas localidades esté al margen del desarrollo y se caracterice por analfabetismo, insuficiencia en salud y alimentación, valores culturales tradicionales, etcétera. Esta población, que es de 14 millones, está creciendo a tasas muy reducidas (menos del 0.6% anual), lo que indica que una parte importante de la migración rural se origina en este tipo de localidades.

El deterioro de las condiciones del campo, unido a la presión

que ejerce el crecimiento demográfico, se manifiesta entre otras situaciones, en un creciente desempleo y subempleo que está provocando no sólo la migración hacia centros urbanos del país sino también el éxodo de trabajadores hacia Estados Unidos. A pesar de que las estadísticas internacionales no son muy precisas, se observa, de acuerdo con la información de los censos de aquel país, que el período de mayor contratación de este tipo de trabajadores se elevó considerablemente a partir de 1955 con alrededor de 400 000 trabajadores por año. A partir de 1960 tiende a reducirse hasta prácticamente desaparecer en 1970, en que se estima que 50 000 trabajadores fueron a Estados Unidos. Sin embargo, actualmente se está dando un proceso de migración ilegal hacia dicho país vecino, cuyo volumen no se conoce, aunque hay evidencias de que es muy elevado.

En resumen, la modalidad del desarrollo de México en los últimos 30 años ha tenido las siguientes consecuencias en las variables demográficas:

- a) Disminución importante de la mortalidad, principalmente en las zonas urbanas.
- b) Insignificantes cambios en la fecundidad.
- c) Incremento de las corrientes migratorias, especialmente del campo hacia algunas regiones o ciudades del país.

A su vez, el comportamiento de las anteriores variables ha producido los siguientes efectos en el proceso demográfico:

- a) Incrementos notables en el volumen y la tasa de crecimiento de la población total del país.
- b) Concentración cada vez mayor de la población en edades jóvenes (menores de 15 años).
- c) Incrementos notables en el volumen y la tasa de crecimiento de la población urbana del país.

Asimismo, los cambios ocurridos en la dinámica demográfica están presionando cada vez más al mismo proceso económico y social que dio lugar a esos cambios. El volumen de la población, su ritmo de crecimiento, la composición por edades y su distribución espacial están influyendo en una serie de aspectos que afectan el bienestar de la población.

El fuerte ritmo de crecimiento y el rejuvenecimiento de la población, causados por las altas tasas de natalidad y la disminución de la mortalidad, se han traducido en una presión cada vez mayor en el sistema educativo. Se trata de una demanda en constante aumento en cada uno de los niveles del sistema, que resulta aún más difícil de satisfacer por el ya importante déficit que se arrastra. La necesidad de cubrir este déficit y hacer frente a las crecientes presiones constituye un claro ejemplo de la relación entre el crecimiento de la población y el sistema educativo.

Durante 1960-1970, el número de niños en edad de 6 a 14 años sujetos a recibir atención escolar a nivel de primaria, creció en un 50%. Esta población fue de 8.5 y 12.6 millones en 1960 y 1970, respectivamente. Debido en parte al problema que representa la excesiva dispersión de la población rural, las inversiones en educación se han orientado a satisfacer principal-

mente la demanda urbana con el correspondiente deterioro relativo del medio rural. Pero aun así no ha sido posible hacer frente a esta demanda, ya que a los fuertes incrementos del número de niños del propio medio urbano, se agrega el aumento de la velocidad de la demanda con las intensas corrientes de migrantes que van en busca, entre otras cosas, de educación.

Estas presiones provocadas por la dinámica demográfica y que se interrelacionan con el sistema-educativo, son extensivas a otros sectores como alimentación, salud y vivienda, en las que a las inversiones crecientes para ampliar los servicios, es necesario agregar inversiones considerables para absorber las demandas del crecimiento de la población.

Otro aspecto relevante de la presión demográfica se refiere al de la población como factor de la producción. La población, a partir de determinada edad —que varía en distintos países, pero que es de 12 a 15 años en México—, constituye fuerza de trabajo potencial. El monto de la población que constituye la fuerza de trabajo, está determinado principalmente por el comportamiento de la fecundidad y la mortalidad, que a su vez determinan la estructura por edad. Por el rejuvenecimiento demográfico, los crecientes volúmenes de población que llegan a la edad de trabajar están incluso sobrepasando el ritmo de crecimiento de la población total (3.6% en comparación con 3.4 por ciento).

Al menos en los últimos diez años, la generación de empleos para esa población creciente ha sido insuficiente en México: en muchas regiones sobra población rural a la vez que en los núcleos urbanos existe desocupación abierta y hay una proporción considerable de subempleo y marginalización, características del insuficiente cambio estructural. Haría falta una tasa de crecimiento económico superior a la actual, con un incremento proporcional mucho mayor de la producción industrial y la construcción, para garantizar en los próximos diez a veinte años la absorción del desempleo y el subempleo existente y de las adiciones anuales a la fuerza de trabajo. Estas consideraciones están relacionadas con el sistema de educación, no sólo en el sentido de vigorizarlo para absorber cuantitativamente los incrementos de la población, sino en cuanto a la calidad que se requiere para el desarrollo de México.

En las situaciones comentadas con anterioridad, la característica demográfica que constantemente está presente es la distribución de la población según la edad. En 1970, por cada persona en edad de trabajar, había otra en edad inactiva. Esta relación está incidiendo en el consumo y en el ahorro de las familias. La combinación de niveles bajos de salarios y de una distribución desigual del ingreso con una fuerte carga de dependencia económica sobre los jefes de familia conduce a que un gran sector de la población esté en condiciones de subsistencia, especialmente de las familias que viven en zonas rurales.

En general, el acelerado incremento de la población urbana requiere cada vez mayores inversiones con el solo objeto de hacer frente a dicho aumento. La construcción de edificios escolares, la introducción de agua y drenaje, la pavimentación y otros servicios de infraestructura urbana, el transporte urbano, la vivienda, etc., consumen una importante parte de la inversión pública. Las carencias son de tal magnitud que siempre resultan superiores a lo que es posible proveer aun para hacer frente a la

necesidad anual o a la demanda efectiva; existe generalmente una enorme demanda o necesidad insatisfecha y acumulada de inversión social.

En resumen, lo tratado brevemente sobre los efectos del crecimiento de la población en el desarrollo, muestra, aun en forma incompleta, la complejidad de las interrelaciones entre población y desarrollo. Hay evidencias de que las altas tasas de incremento demográfico y las intensas corrientes migratorias campo-ciudad, que son resultados del subdesarrollo, están retrasando la solución adecuada de problemas como los de empleo, educación, alimentación, salud y vivienda.

#### *Algunas consideraciones sobre el futuro comportamiento demográfico*

En los decenios pasados se reafirmó en México el pensamiento de carácter poblacionista, con una gran confianza de que con los logros sociales de la Revolución, con el nuevo sistema político y la estrategia adoptada por los gobiernos, principalmente a partir de los años 40, no sólo no es obstáculo el crecimiento de la población sino necesario para un mejor y más rápido desarrollo del país. Este pensamiento, reiterado por cada gobierno y reafirmado por la Ley de Población de 1947, se modificó sólo hasta hace menos de dos años, dando lugar a la nueva Ley de Población que entró en vigor en febrero de 1974. Las manifestaciones del crecimiento demográfico sobre algunos sectores de la economía se habían hecho tan notables que se reconoció la existencia del problema de la población por parte del sector oficial y de otros sectores. Sin embargo, de acuerdo con el estado en que se encuentra la dinámica demográfica del país, vale la pena hacer algunas consideraciones sobre el futuro de la misma.

Los cambios que se induzcan en las variables demográficas con miras a reducir el ritmo de crecimiento sólo tienen efectos a mediano y largo plazo. Las condiciones del comportamiento de la fecundidad y la mortalidad difícilmente pueden modificarse en forma significativa para 1980. La población será en ese año de alrededor de 71 millones de habitantes, con una estructura por edad muy semejante a la de 1970. Por tanto, en lo que resta de este decenio y la primera parte del próximo, la economía del país deberá ajustarse y superar a la dinámica demográfica impuesta por las circunstancias pasadas.

El comportamiento de las variables demográficas fundamentales, a partir de la segunda parte del decenio de 1980, dependerá de las políticas que se adopten desde ahora en materia de desarrollo y población. Esto será especialmente importante en lo que se refiere a fecundidad para disminuir el crecimiento natural de la población del país en sus diferentes regiones y en cuanto a la migración interna para lograr una mejor distribución geográfica de la población y equilibrar el crecimiento de las zonas urbanas.

De continuar las tendencias del crecimiento demográfico experimentado de 1960 a 1970, y si la estructura socioeconómica del país mantuviera características semejantes a las de ese decenio, en el año 2 000 la población será de 155 millones, con una distribución por edad aún más rejuvenecida que la de ahora. Si se logra un mayor ritmo de incremento económico, una mejor distribución del ingreso y otras importantes mejoras

sociales, que ayuden a transformar, entre otros elementos, las actitudes de las parejas frente a la reproducción y se adoptara además una política de población, en la cual el programa de planificación familiar tuviera por objetivos no sólo mejorar la salud materno-infantil, sino contribuir a reducir las tasas de fecundidad, por medio de la educación, la difusión de medios anticoncepcionales y una organización eficaz, la población de México sería de 135 millones en el año 2000. Esta situación supone reducir la tasa de natalidad, en el último quinquenio del siglo, a 33 nacimientos por 1 000 habitantes.

Por último, si se realizaran transformaciones trascendentales de orden económico y social y se llevara a la práctica una política de población con un programa aún más intenso de planificación familiar de alcance nacional, en el que la tasa bruta de reproducción (representativa de la fecundidad) se redujera en un 50% respecto a su nivel en 1970, la población de México en el año 2000 todavía sería alta: 125 millones de habitantes.

Lo anterior significa que aun en el caso de que la población fuera de 125 millones a fin de siglo, se debe tener conciencia de las transformaciones que hay que realizar desde ahora en las estructuras económicas y sociales del país para aumentar significativamente el bienestar de esos 125 millones de personas.

En conclusión, existen dos períodos en donde la problemática poblacional tiene diferente connotación:

- 1) A mediano plazo, la economía debe tender a adaptarse y superar las condiciones impuestas por la dinámica demográfica.
- 2) A largo plazo, las variables demográficas son susceptibles de modificarse y es probable cambiar la dinámica poblacional a fin de hacer congruente el crecimiento de la población con los objetivos del desarrollo económico.

Hay que reconocer que la problemática demográfica actual y futura se ha derivado de las condiciones de subdesarrollo, que en diferentes formas ha tenido históricamente el país, las cuales están aunadas a la poca eficacia de los planes y de la estrategia de desarrollo que han seguido los gobiernos revolucionarios para poderlas superar. De ninguna manera es aceptable a niveles teóricos o empíricos, ni en la práctica política, que el crecimiento de la población explique nuestro atraso social y económico, o su permanencia en el futuro.

Sin embargo, la perspectiva actual de los problemas económicos internos e internacionales y de la interrelación de la dinámica demográfica con el desarrollo, hace imprescindible considerar la necesidad de una política de población dentro de las políticas globales. En este sentido es posible generar mutuos apoyos, de tal forma, que disminuyan a mediano y largo plazo las presiones sobre la economía provenientes del rápido crecimiento de la población y que por los mismos cambios en el desarrollo sea también más factible modificar las variables demográficas. Para esto no hay que perder la dimensión y perspectiva del problema demográfico; aun con la reducción de las tasas de crecimiento de la población a niveles muy inferiores a los actuales y comparables con los de países desarrollados, habrá aumentos importantes de población, cuyo bienestar dependerá de las transformaciones socioeconómicas y políticas que se hagan desde ahora.